

castillo que, como sayón inquisitorial, tiene poder bastante para dominar las mayores energías, pareciendo como que repite sin cesar estas fatídicas palabras: «¡Cree, obedece y paga!»

Sucesor de la antigua ciudadela, cuyo solar, regado con sangre y lágrimas de liberales, es hoy nuestro hermoso parque, sirve de castillo maldito, como sirvió aquélla, de medio de gobierno, de recurso autoritario, de obstáculo al progreso y de sostén del privilegio; en sus lóbregos calabozos, con vergüenza de España y escándalo del mundo, han sufrido hambre, insomnio, apaleamiento, presión, achicharramiento y torsión honrados trabajadores acusados de supuestos crímenes, y en sus hediondos fosos cayeron acribilladas á balazos infelices víctimas que tenían indiscutible derecho á la vida.

¡Ah! ¡Cómo se exalta en pasión sublime de amor á la libertad y de odio á la tiranía el que en día nefasto fué llevado á habitar en aquel tenebroso antro, dejando tras de sí una familia angustiada y una reputación sin mancha, siendo encerrado en uno de aquellos calabozos donde á los horrores de la prisión se juntaban la repugnancia que inspiran las cosas militares! El que allí se despidió del compañero que iba á ser sometido al tormento; el que pasó muchos días presa del temor de ser atormentado á su vez y aun se oyó llamar por su nombre para mudar de calabozo por aquel capitán mala sombra encargado de entregar los infelices presos al pelotón de beneméritos que actuaban de sayones inquisidores; el que vió tomar forma tangible los recuerdos ya casi desvanecidos del conde de España y del general Zapatero, y, por último, el que vivió sujeto á los infinitos tormentos morales que constituyen el régimen normal de aquel infierno que necesita

el genio de un Dante para ser apreciados en su conjunto y en la infinita variedad de sus detalles, ese, que en el fondo de su corazón ha erigido un altar á la libertad, sabe lo que vale y lo que es ser libre, y sólo anhela transmitir ese sentimiento á todo el mundo.

¡Maldito castillo! Inútil para rechazar el ataque de un enemigo exterior, su misión se reduce á la miserable condición de prisión de Estado, para consumir el sacrificio de las víctimas que la razón de Estado, nuevo Moloch, exige para saciar su voracidad.

En sus murallas no ondeará jamás bandera que simbolice un triunfo popular ni una idea de justicia.

Si por uno de aquellos incidentes que ocurren en el curso de la evolución de las naciones, precursores, á veces, de las grandes revoluciones que forman verdadera etapa del progreso, surgiere un acto revolucionario actualmente en Cataluña, la bandera que simbolizase el nuevo estado de cosas, no honraría ni por un instante los pedruscos que en su contra levantó la tiranía: su primer acto sería la demolición.

De la bandera roja, símbolo de la emancipación del proletariado mundial, no hablemos; esa, en la cima de aquella montaña, sólo puede servir de digno complemento y bello adorno á un monumento que recuerde á las generaciones libres el sacrificio de las víctimas que dieron su sangre y su vida por la libertad.

¡Maldito castillo! Tus días están contados. La piqueta revolucionaria que derribó la ciudadela, tu sangrienta hermana, te amenaza.

Sólo te deseo que los que por tu culpa han llorado, disfruten de la inmensa dicha de verte convertido en ruinas.

ANSELMO LORENZO

La injusticia es el peor desorden.—CARLYLE.

Una religión que argumenta es una religión que se ejecuta: el primero que puso la filosofía al servicio de la fe, puso, sin saberlo, los cimientos de la incredulidad.

PROUDHON